

PRÓLOGO

*Gonzalo Hatch Kuri
Nattie Golubov*

En octubre de 2018, se celebró el Coloquio “La región en el pensamiento clásico y contemporáneo: convergencias y divergencias multi e interdisciplinarias”, en el marco de la Cátedra Extraordinaria Henry David Thoreau que comparten el Centro de Investigaciones Sobre América del Norte (CISAN) y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (FFYL, UNAM). Dicho encuentro académico estuvo conformado por cuatro mesas de trabajo y contó con la presencia de más de veinte panelistas y ponentes de renombrado prestigio y presencia internacional, donde se discutió la vigencia de la categoría conceptual de región, su influencia en las prácticas disciplinares no sólo de la Geografía, sino también en otros campos del conocimiento pertenecientes a las humanidades e, incluso, las ciencias experimentales. La presente obra recoge aquellas contribuciones que algunos de los panelistas invitados tuvieron a bien ampliar en respuesta a nuestra invitación, para así enriquecer una discusión que está vigente en todos los campos del conocimiento, pero que pocas veces es tratada desde un enfoque de diálogo de saberes que persigue la multi e interdisciplinariedad centrada en la problematización del concepto de región.

El Coloquio y la presente obra pueden considerarse uno de los actos y productos relativos a la conmemoración del 30 aniversario del CISAN, celebrado en 2020, institución académica que ha convocado a una amplia reflexión a fin de identificar y valorar nuevos enfoques y desafíos teóricos que implican pensar, estudiar y analizar los principales fenómenos sociales de América del Norte, a partir de un cuestionamiento que, si bien parece simple, en realidad refleja una elevada complejidad: América del Norte ¿es una región? De esta interrogante, seguramente muchas otras más podrán desprenderse en el proceso de esta reflexión, tales como, si América del Norte es una región, ¿de qué tipo de región estamos hablando? y ¿qué elementos, procesos y fenómenos ayudan a definir mejor a esta región?, ¿desde

cuándo es una región y tiene fecha de caducidad en un mundo cuya geopolítica se reacomoda constantemente? No es objeto de la presente obra responder puntualmente a cada una de estas interrogantes, pero sí contribuir a la reflexión y al tratamiento teórico-metodológico de la región como noción problematizadora, por medio de evidencias que la valorizan como un instrumento tanto de planificación, construcción de la identidad y el sentido de pertenencia tanto psicológica como política y de explicación de patrones sociales e, incluso, hasta de los propios fenómenos socioclimatológicos presentes en la naturaleza.

Se reconoce que la región es una categoría de análisis presente en la historia del pensamiento geográfico desde la antigüedad, pero que cobró una significativa importancia cuando los Estados-nación, en la vuelta de los siglos XIX al XX, inventariaban sus recursos, censaban su población y establecían ordenamientos legales a fin de administrar y planificar mejor sus territorios. El propio proceso de institucionalización de la Geografía como cátedra universitaria se debe, sin duda, a su cuño metodológico regional impulsado por la escuela francesa, pero que más tarde quedó desprestigiado por la emergencia de otros enfoques como el cuantitativo, el fenomenológico y el neomarxista que, a final de cuentas, tuvieron una incidencia en el reposicionamiento teórico de otras categorías de análisis como el espacio, el territorio y el lugar. El llamado giro espacial que tuvo lugar en las últimas décadas del siglo pasado, y en el que incidió en todas las ciencias sociales, llevó a que la categoría espacio renovara el corpus teórico y social de la Geografía, a lo cual el lugar o *place* se ha sumado con la fuerza de la vertiente fenomenológica, lo cual no sucedió con el mismo vigor en el caso de la región.

Para geógrafos críticos como David Harvey, los estudios regionales son considerados inferiores por otras ciencias tanto sociales como experimentales porque en su mayoría no permiten la replicabilidad de su metodología y de sus resultados, y desprestigian de esa manera a la Geografía, por ejemplo. Pero si se retoma la consideración de la importancia del espacio como una categoría que explica la dimensión y lógica de los fenómenos y patrones relativos a las sociedades modernas y a la propia dinámica del capitalismo actual, la región, el sentido de lo regional, los regionalismos emergentes, los procesos de integración regional económico y políticos, la planificación del territorio, entre otros, cobra sentido y se explica a partir de la invocación de la región como una noción problematizadora y conceptual. Este ejercicio

intelectual, al menos en la Geografía brasileña, es reciente y ha reposicionado a esta categoría en el debate disciplinar a la misma altura que conceptos como el territorio, el cual ha tenido un arraigo mayor por el número de conflictos suscitados a raíz de la reconfiguración que ha impuesto el capitalismo neoliberal en la región latinoamericana. Debe agregarse que, en el debate teórico de categorías como espacio, territorio, lugar y región, la política de escalas tiene un papel fundamental en el tratamiento metodológico de los diversos fenómenos estudiados, esto queda evidenciado en todas las contribuciones aquí presentes.

El giro espacial en los estudios literarios se ha diversificado desde su inicio a finales de la década de 1980, de tal manera que un panorama —incluso uno muy general— aquí sería inviable, aunque los hay muy buenos. Durante este periodo, el “cronotopo” de Mikhail Bajtín, la “heterotopía” de Michel Foucault, la “geografía imaginativa” de Edward Said, el “mapeo cognitivo” de Fredric Jameson, el “tercer espacio” de Edward Soja, la dialéctica del espacio de Henri Lefebvre y la obra del geógrafo humanista de Yi-Fu Tuan han sido recursos teóricos obligados para el estudio de la espacialidad en la literatura dado el papel crucial que otorgan estos pensadores a la representación en la experiencia y la producción sociocultural del espacio. No obstante, como ha señalado la editora de la revista *Literary Geographies*, Sheila Hones, aún no existe un verdadero diálogo realmente interdisciplinario entre la geografía humana y la teoría literaria que evite el idealismo discursivo del que adolece mucha crítica literaria.

En la introducción a *The Routledge Handbook of Literature and Space* (2017) el editor, Robert Tally, define los estudios literarios espaciales (*spatial literary studies*) como “prácticamente cualquier aproximación al texto que se enfoque en el espacio, el lugar o la cartografía”. Idealmente, este tipo de perspectiva interroga las relaciones entre textos, imágenes, lugares y representación. En esta definición amplia, Tally incluiría una vasta gama de aproximaciones, entre las que podemos mencionar la geocrítica, la geopoética, las geohumanidades, la geografía y la cartografía literaria. Por su parte, Sheila Hones acota el campo de la geografía literaria porque para ella ésta se distingue por una doble interdisciplinaridad: lo “literario” de la “literary geography” remite tanto a los textos literarios como a su estudio, mientras que la geografía remite no sólo a las geografías reales e imaginarias, sino también a la geografía humana en tanto disciplina académica. La propuesta de

Hones es una invitación a que el diálogo interdisciplinario sea conceptual y metodológico con el objetivo de ir más allá de los análisis geográficos que recurren a las representaciones literarias y artísticas para ejemplificar algún fenómeno geográfico o aquellos análisis literarios que ni siquiera problematizan el concepto mismo de espacio y que, esencialmente, se limitan a describir lo que comunican las representaciones que median nuestro acceso al mundo.

El diálogo entre la geografía humana y cultural y los estudios literarios ha traído consigo un replanteamiento de la metodología y los objetivos del estudio del espacio representado que, durante muchos años, se ha estudiado como un contenedor o telón de fondo inerte de la acción que puede llegar a tener un impacto en el desarrollo de la identidad de los personajes y su sentido de pertenencia. Como consecuencia del impacto del pensamiento postestructural en la geografía cultural y humana, y, posteriormente, su giro no representacional, el espacio ficcional e imaginario ha dejado de verse como una mera metáfora para adquirir una cierta agencia, de tal manera que ahora las preguntas giran en torno a lo que hacen las representaciones: cómo se practican y viven en un contexto compartido con otros eventos, procesos y objetos, como indica Ben Anderson, porque son actividades que fomentan, sostienen, interrumpen consolidan o rehacen formas de vida. Es en este entorno disciplinario que podemos ubicar la reflexión que la crítica y la teoría literarias hacen de la región, la regionalidad y el regionalismo en tanto procesos dinámicos en los que el fenómeno literario juega un papel activo.

Para la geografía literaria, las regiones han dejado de ser entidades geográficas con una existencia empírica y estable, espacial y temporalmente que la literatura describe o reproduce fielmente para convertirse en formas de territorialización, demarcación y diferenciación de espacios y grupos sociales en buena medida imaginarias (mas no necesariamente ficcionales) e históricas, aunque con un impacto geopolítico, económico y cultural significativo. Esta dinamización de las regiones y los procesos de su configuración y perpetuación fomenta otras lecturas críticas del fenómeno literario en toda su complejidad. Podemos identificar tres principales actividades creativas que se sirven de estos conceptos: los distintos regionalismos que, ante la embestida tanto de la modernidad como de la globalización han procurado recuperar o resguardar las tradiciones, economías, el folclor, las identidades locales y representar los paisajes distintivos amenazados por la

industrialización nacional, en un esfuerzo casi archivístico que ha tenido un auge en años recientes y cuyo referente más inmediato es el Estado-nación; la crítica cultural y la historia literaria han forjado relaciones de intenso intercambio cultural e intelectual entre lugares, naciones y geografías no necesariamente colindantes, pero sí mutuamente constitutivas al enfatizar procesos mundiales y transnacionales como la colonización o el tráfico de esclavos entre continentes, o movimientos estéticos y políticos transcontinentales asociados a esos procesos económicos como la negritud, el pensamiento archipelágico y decolonial, el modernismo cosmopolita, el pensamiento chicano o el latinoamericanismo; las prácticas disciplinarias, los estudios académicos y sus supuestos epistemológicos que organizan las literaturas, sus autores y autoras, públicos y proyectos estéticos en conjuntos regionales aplicando una amplia gama de criterios como el subgénero del gótico sureño estadounidense, la literatura caribeña anglófona o la poesía gauchesca Argentina.

En esta colección se encuentran plasmadas ocho visiones distintas que provienen de áreas como la geografía, las relaciones internacionales, el derecho, la sociocibernética crítica, la crítica literaria y cultural, entre otras, las cuales a través de estudios de caso reflejan que la región es una categoría y un instrumento que explica la formación de identidades e ideologías políticas de regionalismos producidos por la apropiación y distribución de la naturaleza, así como la construcción de procesos que pueden pensarse intangibles como la interacción cibernética que depende del acceso a infraestructura y recursos naturales clave como la energía en la región norteamericana. En esa tesitura, el libro se organizó de acuerdo con el tratamiento particular de los temas abordados a partir de tres ejes en común: el primero versa sobre Norteamérica, el segundo sobre Latinoamérica y el Caribe y el último sobre el estudio regional de la naturaleza en la geografía física.

De manera introductoria, el primer capítulo de autoría de Blanca Rebeca Ramírez Velázquez, “El ayer y hoy de las regiones”, plantea una revisión histórica de la región y de los estudios regionales desde el análisis crítico del pensamiento geográfico, destacando que la región es una dimensión de escala de procesos donde queda, en algunos casos, como contexto de otros procesos que deben y pueden ser estudiados en escalas que se articulan o interrelacionan entre sí. Queda patente así que la política de escalas es uno de los mecanismos que definen el entendimiento de los procesos regionales.

Las tres subsecuentes contribuciones tienen en común que su objeto de estudio se localiza en América del Norte y refieren a la visión estratégica de los estudios regionales en relación con la apropiación de recursos materiales y naturales. Por su parte, David Herrera Santana, en “La región en el pensamiento geoestratégico. Regionalización, *area studies* y americanismo”, describe la influencia que tuvieron los *area studies* en Estados Unidos durante el periodo posterior a la segunda guerra mundial. Su institucionalización sirvió para producir y controlar un espacio estratégico global en el que Estados Unidos ha podido erigirse como el líder hegemónico del capitalismo actual. En esa misma tesitura, Juan Carlos Barrón Pastor, en su capítulo intitulado “Consideraciones geopolíticas para el estudio regional del ciberespacio norteamericano: Una perspectiva desde México”, describe y analiza un tema novedoso: la creación y el uso del ciberespacio en la región de América del Norte, en el que los actores, las agencias, los gobiernos y ciudadanos interactúan de forma inmaterial, y su importancia es tal que los gobiernos consideran que su control es cada día más estratégico. En cambio, Gonzalo Hatch Kuri y María del Carmen Carmona Lara, en “Autonomía y regionalismo político: el caso de la cuenca del Conchos y su relación con el Tratado de Aguas de 1944”, estudian las particularidades del Tratado Binacional México-Estados Unidos de Aguas, así como su relación con la configuración de conflictos locales que son portadores de un emergente discurso político de autonomía regional en torno a la gestión del agua en cauces transfronterizos.

Enseguida, los siguientes capítulos se alejan de América del Norte para concentrarse en la continuidad del espacio continental y abonar sus análisis y reflexiones a la comprensión de la unidad regional latinoamericana y caribeña, gracias al pensamiento crítico y decolonial. A manera de puente que permite relacionar la discusión iniciada por David Herrera Santana con América Latina y el Caribe, Brian Russell Roberts y Michelle Stephens discuten las limitaciones de los *area studies* y los *American studies* para señalar que la insularidad y el excepcionalismo estadounidense que marcan estos campos disciplinarios deben ser superados afrontando los legados del imperialismo de Estados Unidos e incorporando el pensamiento crítico isleño que desafía la lógica continental atada al Estado-nación delimitado territorialmente. Precisamente, el geógrafo brasileño Rogério Haesbaert, en “Descolonizar la región: rediscutiendo la cuestión regional a partir de una

regionalización desde abajo”, realiza un análisis teórico del concepto región desde la Geografía y concluye proponiendo una regionalización de abajo para arriba que se alimenta del giro epistemológico decolonial latinoamericano y la centralidad del papel de las otredades en la lucha por construir regiones fuera de la lógica instrumental o planificadora.

En ese mismo tenor, Mónica Quijano Velasco, en “Latinoamérica como región en los estudios literarios y culturales de 1970 y 1990”, recupera tanto el planteamiento de la influencia de los *area studies* y el proyecto de la UNESCO para explicar una supuesta unidad regional a partir del boom de la literatura latinoamericana. Contrasta con el emergente pensamiento filosófico decolonial y, en un giro más radical, aboga como Haesbaert sobre la crítica a la visión de una región más incluyente.

Este bloque dedicado a Latinoamérica concluye con el estudio de una región archipelágica casi olvidada en la literatura especializada: el Caribe. Nair María Anaya Ferreira y Odette de Siena Cortés London, en “El espacio atlántico: crear genealogías épicas para el Caribe anglófono. Kamau Brathwaite y Derek Walcott”, consideran que la región caribeña es un constructo que puede examinar, a través de la literatura y la poesía, el objeto de su examen destacando los principales rasgos de su narrativa, la cual se ancla en una identidad creole que se atreve a desafiar la tradición anglosajona impronta del colonialismo inglés. Es de notar que estas cuatro contribuciones dialogan entre sí a través de la filosofía, el pensamiento poscolonial y decolonial, la literatura y la geografía.

El libro cierra con la contribución de Leticia Gómez Mendoza intitulada “El concepto de región en los estudios climatológicos” que, desde un enfoque socioambiental, aborda el estudio del cambio climático por medio de diversos modelos de análisis que sirven, tanto la Geografía Física como las Ciencias de la Atmósfera, para determinar los cambios esperados en variables como la temperatura, la precipitación, entre otros. Los modelos se emplean para evaluar el grado de vulnerabilidad de los sistemas naturales y sociales en el contexto del cambio climático. Ante la escala planetaria del cambio climático, ¿qué relevancia tienen las regiones?

Para concluir, se espera que con esta obra se enriquezca el diálogo multi e interdisciplinario iniciado en la celebración del Coloquio mencionado y que permita ejemplificar con los presentes análisis y evidencias que la región, como noción inestable y en constante redefinición, es un instrumento central

para la comprensión de fenómenos tan diversos como los derivados de la integración regional de países en bloques económicos como América del Norte o la definición del papel que desempeña el pensamiento filosófico crítico, el análisis literario y el pensamiento geográfico en la conformación de identidades políticas de marcado carácter regional.